

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

La pasión amorosa y el matrimonio.

TROZOS DE UNA NOVELA ORIGINAL INÉDITA (1).

La pasión amorosa, es decir, el amor considerado en esta acepción, es á mi ver indefinible, tanto por las innumerables causas que nos le hacen sentir, cuanto por la variedad de situaciones en que puede hallarse. No obstante, todo el mundo le conoce dos inherentes propiedades; es á saber, la inconstancia y el misterio. Le llamamos inconstante cuando no se mantiene en el mismo grado largo tiempo. Esta propiedad dimana en parte de la discrepancia de los caracteres: hay personas que nacen para amarse eternamente; pero por desgracia de la especie humana no es la regla general. Es misterioso, porque oculta hasta sus mas leales acciones, y aun se avergüenza de insinuarlas: al revés de la amistad que se gloria de publicarlas sin reticencia. Hé aquí por qué decía Platarco que el amor debía contarse en el número de las pasiones, al paso que la amistad debía incluirse en las virtudes.

El amor se engendra á vista de un hermoso objeto, mas bien que á la de otro que lo es ménos; pero sucede muchas veces que nos prendamos de éste y no de aquel. Pregunto ahora ¿cómo, debiendo ser preferible lo que por naturaleza es bello, nos inclinamos tambien á primera vista á lo que no lo es? Dirásemme que el gusto y la simpatía obran simultáneamente, ó bien que basta el uno ó la otra para decidirnos por un objeto; pero ¿habrá quien sepa definir el gusto, siendo en nosotros tan variado como nuestras fisonomías? ¿Habrá quien acertadamente nos diga qué significa la decantada simpatía? Todo el mundo habla de ella; pero nadie sabe mas sino que es un *no sé qué* que nos arrastra hácia un objeto, con la misma influencia que tiene el imán sobre el acero. Repondrásemme con Cervantes que la

(1) El personaje que se supone que habla es un anciano respetable.

hermosura del alma se manifiesta en el entendimiento, en la honestidad, en el valor, en la generosidad y en otras calidades y virtudes, y que cualquiera de ellas basta para prender á un corazon de un objeto que no es bello. Enhorabuena, ¿mas en qué consiste, por ejemplo, que la honestidad en una mujer no nos mueve, y en otra nos seduce, siendo la primera de los mismos quilates que la segunda, y á veces en persona que á los ojos de la imparcialidad reúne muchos mas atractivos? ¿Habrá alguno que se contemple iniciado en estos misterios? La superioridad de sabiduría que me ha concedido el oráculo, decia Sócrates, se reduce á estar convencido de que nada sé.

El amor, por definirle de algun modo, es un secreto y voluntario impulso que desconociendo muchas veces la razon, nos conduce por caminos rectos ó tortuosos al término de nuestras ansias. No en vano nos pintan á este rapazuelo vendado en el momento que prepara el arco para asestar su flecha. Bien claramente nos demuestra su actitud que lo mismo hiere al noble que al plebeyo, al rico que al pobre, al hermoso que al feo, sin que nadie pueda contarse libre de sus tiros. Sin embargo, este omnímodo poder del amor surte á veces unos efectos que le hacen superior á todas las pasiones; y aun añadiré, sin temor de ser desmentido, que de esta pasion nacen muchas virtudes; pues por amor es valiente el cobarde, pródigo el avaro, generoso el egoísta, sensible el estóico, grande el pequeño; porque,

como dice Buffon, él es un poder soberano que todo lo puede y contra el que nada resiste: por el que todo obra, todo respira y se renueva: germen de perpetuidad esparcido en todo con el soplo de la vida: manantial único y fecundo de todo placer, de toda voluptuosidad, &c.

De lo dicho se infiere que son bien conocidos los efectos del amor; mientras tanto dejemos á los filósofos el cuidado de indagar su causa; bien que hasta ahora nos han dicho que es la impresion que algunos de nuestros sentidos esternos propagan á las fibras del cerebro, y éstas al corazon...; pero como no siempre redundan en nuestro bien el alimentar una pasion amorosa, justo es tambien decir algo acerca de los remedios con que se cura ó alivia.

El Hipócrates del amor fué tan pródigo en remedios, que dejó á la posteridad recomendado uno (1), que segun la opinion del erudito Feijóo, es un horron de sus escritos. Este baron ilustre nos asegura, que el remedio mas sencillo, que está al alcance de todos, es unir á la idea de la pasion la idea mas funesta ó que mas nos atemorice; identificar la una con la otra de tal manera, que siempre que pensemos en el objeto amado se nos acibare, por decirlo así, nuestro amoroso pensamiento; y que por este medio se puede conseguir la curacion.

Respetando este ingenioso remedio, como merece, me atengo sin embargo á algunos de los de Ovidio.

(1) La saciedad.

Este número es el que Cervantes recomienda á las damas cuando di-
en boca de D. Quijote:

Suelen las fuerzas de amor

Sacar de quicio las almas,

Tomando por instrumento

La ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar

Y el estar siempre ocupadas,

Ser antidoto al veneno

De las amorosas ansias.

Medicina tan saludable, es bien
de tomarse á pasto. Hablemos
de la que conviene á los hombres.

En primer lugar, sea tibia ó fo-

la la pasion, les recomiendo igual-

mente el trabajo ó la lectura de bue-

nos libros que siempre es un cierto

activio. En segundo lugar, sentado

el principio de que, como dijo un

filósofo, el trabajo es centinela de la

virtud, si es naciente la pasion, de-

dejar el amante de frecuentar los

lugares en donde sabe positivamente

que no tendrá sobre sí mismo sufi-

ciente imperio para refrenarse. Y

por último, si la pasion es vehemen-

te y arraigada, considere el aman-

No ignoro que suele decirse:

Ausencia es aire

Que apaga el fuego corto

Y enciende el grande.

Tambien el amante que se ausen-
ta es comparado con la cierva heri-
da que lleva clavado el dardo; pero
sin embargo, cuando la pasion es un
mal, cuando el fin que nos propo-
nemos en ella es perjudicial ó re-
prehensible, no hay otro remedio mas
eficaz que la ausencia. Muchos des-
astres hemos visto por no haber a-
cudido en tiempo con este remedio:
creo que será menor el número de
los que la separacion haya causado."

"Sólidas son las bases sobre que
se funda el matrimonio, cuando el
corazon y la razon unánimes hacen
la eleccion: hablo respectivamente.
Frágiles son sus cimientos, cual ca-
sa edificada sobre arena, cuando un
sórdido interes ó una pasion desen-
frenada los fabrican.

En el primer caso, como se deja
discurrir, se halla la felicidad en el
hineneo. Con efecto, dos esposos re-
gidos por la prudencia, procurarán
agradarse mutuamente, para cuyo
fin harán un particular estudio en
conservar siempre una perfecta con-
formidad en sus acciones y en su
conducta. El hombre, sin perder ja-
más de vista que ha elegido á una
compañera acreedora á quanto sea
laudable en él, no omitirá ningun
medio de grangearse mas y mas su
estima y su afeccion, y sin olvidar

un momento la fidelidad que le ha jurado, establecerá un sistema casero que concilie sin profusion sus haberes con el descanso y tranquilidad de su esposa. La mujer, que por divinas y humanas leyes sabe que pertenece esclusiva y privativamente á su marido, y que es su mas precioso *patrimonio*, deberá constantemente hacer su dicha. Para conseguirlo recurrirá á la razon, antorcha que ilumina el entendimiento, y por ella gobernará su casa con una sabia economía, prevendrá los gustos de su consorte, nunca dará márgen á que éste la impere, y siempre fiel y amable, y siempre dócil y solícita, le hará disfrutar un verdadero encanto.

Veamos ahora si el vil interés, llamado malamente razon de estado, ó si una fogosa pasion son susceptibles de una felicidad duradera.

Desdichados esposos son aquellos que por conveniencia se sacrifican: durante los primeros dias, la gratitud por parte de la persona favorecida, la obliga á conservar el equilibrio; pero roto éste una vez, como es muy asequible por parte de la persona favorecedora, las desavenencias y disturbios son los frutos de este enlace.

Aun mas desventurados son aquellos que en el ardor de una pasion impetuosa, solo consultan la lascivia sin prever sus inmediatas consecuencias. En efecto, este fuego volcánico se estingue prontamente: tiene la duracion de un relámpago; porque como no se desea lo que se posée, y el deseo sensual es el que

solamente ha formado esta union, desde luego sucede el tedio, el hastio, la disparidad de opiniones y de sentimientos, y se hace á los dos insoportable la vida.

Concluyo diciendo que los que pretendan ser buenos casados, han de partir necesariamente del principio que solo constituye la felicidad conyugal, es decir, que deben unirse por el amor y por la razon, y que han de conservar un perfecto equilibrio entre sus caractéres, ó mas propiamente hablando, que han de tener *prudencia* para sostener este equilibrio, sin el cual ni hay ni puede haber dias serenos y apacibles para dos consortes que voluntariamente se han obligado á vivir juntos toda la vida uno para otro. Semjante conducta estrecha cada dia mas y mas el vinculo de la union entre honrados esposos: por ella se afirma la fidelidad, reina la paz, se establece la armonía, y finalmente se consolida la felicidad: felicidad que llega á su colmo con los ópimos frutos de himeneo, al paso que estos frutos son el complemento de la desunion de aquellos esposos á quienes el Cielo indignado de su fatal eleccion, da sin duda hijos para su castigo. »

T.



UN RECUERDO JUNTO AL BÉTIS.

Lanza desde el ocaso
 Rojos destellos lumínar divino
 Sobre el húmedo Bétis que sereno
 Halaga bellas flores;
 Y el manto verde del fecundo prado
 Blanco jazmin esmalta, y purpurino
 Grato clavel, á quien olores roba
 El delicioso ambiente y regalado.

Mas ¡ay! que cuando siento
 Su perfume amoroso
 Triste recuerdo mi memoria agita,
 Y en vez de un dulce canto armonioso
 Quejidos exhala de fatal tormento:
 Que una bella pastora
 Estas flores un tiempo embellecía
 Con su presencia grata;
 Y al tibio rayo con que el Sol colora
 Del empinado monte el alta cumbre,
 Cual la estrella luciente de la aurora
 Me presagiaba la ventura mia:
 Y la lluvia de plata,
 Que en las nocturnas horas sobre el Bétis.
 La diosa de la noche
 Desde el cielo estelífero lanzaba,

Su frente candorosa
 Mas brillante tornaba y mas hermosa;
 En tanto que la brisa placentera
 Jugaba con los rizos seductores
 De su dorada y larga cabellera.

De entónces triste lloro
 Regando con mis lágrimas el prado;
 Y al cesfripillo alado
 Doy suspiros que lleve á la que adoro:
 Y de ese saúce que su copa inclina
 A humedecer sus hojas,
 Gusto á veces la sombra regalada
 Donde recuerdo su beldad divina.

Pero ¡ay! que ya trasmonta
 Sus destellos el Sol, Bétis tranquilo!
 Cuando vuelva á tu orilla
 Que hora mis ojos con su llanto anegan,
 Dáme que goce de la paz dichosa
 Con que tus aguas la campiña riegan.

FÉLIX DE UZURIAGA.

Sevilla y Marzo 20 de 1840.

LA SORPRESA.

Qué bella es!... Se me figura ver
 la diosa de los bosques! se pasea apresuradamente por el solitario parque: un largo velo la cubre, pero al traves de él se descubren unas largas pestañas enjutas, una niña vivaz que se mueve hácia todas partes sin fijarse en ninguna, y un rostro pálido aunque hermoso, que ya revela el dolor mas profundo; ya rie con-

vulsivamente con un candor infantil: todos sus ademanes demuestran la inquietud de su alma, y parece que se deleita en la contemplacion. ¡Cuán sombría es la espesa alameda que la circunda!... Los árboles sacuden sus elevadas copas impelidos por el viento: una fuente con su monótono ruido interrumpe el silencio de aquella soledad: y el a-

gua cayendo pausadamente sobre una concha de piedra se esparce en pequeñas gotas y descende á fecundar la tierra cubierta de menuda yerba.—Cuánto tarda! esclamaba con inquieto afán. Cuántos temores me asaltan!... horrible es la incertidumbre!... no vaciles, corazon mio, él cumplirá su palabra, es noble, y el cumplimiento de una promesa es un deber sagrado. Oh amor! ¿por qué me le presentas en mi imaginacion tan lleno de atractivos!... oigo ruido entre las ramas... un hombre se desliza por entre los árboles!... — Y el moribundo sonido de una bocina de caza hirió sus oídos.—Él es! gritó fuera de sí; yo te doy gracias, Dios mio... ya se acerca.

Tal era la impaciencia con que la hermosa Clara esperaba al jóven Roberto. Esta interesante jóven, hija única del marqués de Ganjes, estaba con su padre en un antiguo castillo distante pocas horas de Palermo. Estaba situado en medio de un bosque sombrío: sus altas almenas se divisaban de muy léjos y advertían á los caminantes aquella mansion de tristeza. Un magestuoso silencio reinaba en aquella soledad; y al entrar en ella se sentia un pavor involuntario é inesplicable.

El genio orgulloso y dominante del marqués, le hacía ser el verdugo de su hija; y movido de un despótico capricho la tenia destinada para el claustro, cuando su voluntad era de permanecer en el siglo. Clara era hermosa sobremañera, era penetrante, vivaz y en extremo sensible; prendas demasiado propensas al

amor; y prendas que no todos los hombres miran con indiferencia. El jóven Roberto, conde de Briz, la vió en Palermo; la siguió con los ojos sin saber por qué; sintió correr por sus venas un vivo fuego: peleó contra su mismo corazon: resistió cuanto pudo; pero, es muy difícil la victoria en tan cruda pelea. Roberto fué víctima de una pasion intensa, irresistible, solo la muerte podria apagarla. Clara por su parte, al ver á Roberto, y al observar sus inquietas miradas, perdió la tranquilidad de su corazon, y mas de una vez se presentó en su imaginacion el conde de Briz, de un modo interesante. Un billete fué el depositario del amor de Roberto: Clara no acierta á romper el sello: se turba: pero casi no podia dudar de su contenido. Su respuesta fué enteramente satisfactoria para Roberto, y una entrevista, aunque furtiva, confirmó con mutuos juramentos los vínculos de un amor sin límites.

El marqués sospecha: una fiera sonrisa en sus labios, amedrenta el sensible corazon de Clara: en vano quiere hablar: una mirada amenazadora de su padre la hace estremecer. La idea de que Roberto podria fácilmente en Palermo eludir la vigilancia del marqués, obliga á éste á establecerse con su hija en el castillo. Una leve insinuacion de Clara, confirma á su padre en sus sospechas: su proyecto se ejecuta; pero ántes de partir, es avisado Roberto de todo, y de la hora en que han de verse en el castillo. Un presentimiento secreto oprimió el corazon

Clara al entrar en aquel pavoroso recinto; se figura ver en el castillo una cárcel de la que no saldrá sino para encerrarse en otra mas estrecha; y esta idea la estremece. Los espías del marqués ocupan todas las sendas del bosque, y á veces él solo reconoce en el silencio de la noche las cercanías del castillo. Finge varias veces ir de caza, y una de estas ocasiones ofrece á Clara favorable oportunidad para esperar á Roberto. La hora llega: penetra sola por lo mas espeso del bosque: tiembla: se agita con la esperanza, y... un ruido la sorprende. Aquí la dejamos.

Roberto recibe la nueva con el mas descompasado furor: ¿quién sería capaz de detenerle? El brioso a-lazan que montaba, hendia el aire con la velocidad del rayo, y aun le parecia tardo y perezoso: divisa las almenas, su alma se enardece, siente un presentimiento que no puede penetrar: se acerca con silencioso y trémulo paso; el murmullo de las hojas agitadas por el céfiro, y los dulces trinos de las avecillas, le fascinan, le entristecen: cree divisar entre las sombras de los árboles un lienzo blanco: es la señal: corre precipitadamente, pero... un nuevo objeto le suspende: divisa entre la maleza un hombre oculto como en ademán de observar: no duda que será algun criado del marqués, que espía los pasos de su hija: conoce que le ha visto, y le ve correr hácia el castillo: por entre los débiles espacios que dejan las ramas descubre en él la librea de su señor: ya no duda: los momentos son precio-

sos. Un torrente de las mas funestas ideas inundaron el alma de Roberto; y ¿cómo participar á Clara sus recelos? Lleno de la mas horrosa turbacion se presenta á la vista de Clara.—¡Eres tú!... exclamó ésta en una especie de delirio. El ángel del Señor te trajo para mi salvacion! —Y lágrimas de fuego corren por sus mejillas: los dos lloran, y ninguno puede hablar: mas eficaces son las lágrimas, que la lengua mas elocuente: sus corazones latan con violentas y repetidas palpitaciones, que les anuncian funestos presagios.—¡Por qué han de ser tan breves los momentos de placer!... exclamaba Roberto.—Oh, no! ¿quién me arrancará de tu lado?...—¡Ah! Clara, es forzoso, es preciso separarnos!—¿Qué, me abandonas? Le decia Clara con el acento del dolor.—Nada contestó Roberto: cruzó sus brazos: volvió un poco el rostro para ocultar su turbacion, y quedó inmóvil con los ojos fijos entre los claros de la confusa arboleda.—Me abandonas?... volvió á preguntar la enamorada jóven dirigiendo á su amante una mirada en que espresaba su incertidumbre. Pero en vano esperó la respuesta. En aquel momento se pintó en el corazon de Roberto todo el horror de una sorpresa: su frente se cubrió de la mas negra tristeza.—Roberto! ¿por qué quieres turbar estos felicísimos momentos?... vacilas?... dudas de mi entereza?... Oh, nó! contestó Roberto, solo desconfio de nuestra dicha. Si llegáras á penetrar!... huyamos! Clara, ¡huyamos! nuestra situacion es peligrosa, y... vamos!—

No temas, mi padre está muy lejos de nosotros...—¡Ah!... ¡mira! ¡mira!... gritó Roberto lleno de terror.—Y descubrieron confusamente personas que se movían con cautela apartando las ramas con silencio.—¡Somos perdidos!!! gritó Clara, huye, Roberto! huye de este sitio! ¡Dios mío! si te encuentran!... ¡ah! vete por mi vida!—Huir!... imposible ya... pero nunca!... huir y dejarte cuando tu único apoyo son mis brazos?... aun tenemos defensa: espada tengo, y valor: ó he de salvarte, ó moriré!...—¡Dios mío! gritaba Clara en la mayor desesperación. ¡Ah! ¡mi padre!—¡Hija vill! gritó éste haciendo brillar en su mano la matadora espada. Y tú, traidor! no escapareis de mi venganza.—¡Marqués! si os acercáis, vive Dios!...—Pérfido! y osas tú!—Y su espada amenazó el pecho de Roberto. Éste fuera de sí sostiene con la izquierda á su amada casi exánime, y con la diestra desnuda su acero muchas veces teñido en sangre. Furioso el marqués se arroja sobre él, dirigiendo á su pecho una multitud de estocadas; pero son en vano; por mas que se multiplican los golpes, se estrellan contra la brillante espada de Roberto. Así lucharon largo rato sin herirse: sus aceros resplandecían y despedían ardientes centellas, imitando los fugaces relámpagos. La venganza era el móvil del marqués; y el amor inspiraba nuevas fuerzas á Roberto. Ciego de rabia el marqués, solo ansiaba ver derramada la sangre de su enemigo: ya lo consiguió; su espada se teñó en la sangre de Roberto. Al sentirse he-

rido éste, siente arder su sangre por un acceso de desesperación: acosa al marqués con repetidos golpes: le estrecha: un golpe certero iba á vengar su sangre, cuando el cobarde desampara vergonzosamente su puesto, y corre en busca de sus criados para asegurar su presa.

Clara durante el combate yacía en un profundo desmayo sostenida por Roberto. Un débil quejido fué la señal que dió de volver á la vida; miró atentamente al rededor de sí: la violencia con que palpitaba su pecho, manifestaba su afán inquieto.—Roberto! exclamó débilmente, ¡ah! ¡vives!... mi padre... ¡padre mío! ¿has muerto?... ¡ay! yo los aceros desnudos ví resplandecer... ¡horror!... padre! ¡padre mío!—Vive, vive! exclamó Roberto, pronto le verás. ¡Clara! ¡oh, Clara! prepara tu corazón para un golpe terrible!... Si pudiera... ¡Dios mío!... me faltan las fuerzas... A estas palabras acabó de volver en sí la moribunda joven; mira á su amante, y le ve pálido... ve su sangre!.. y lanzando un grito de desesperación se arroja sobre el misero Roberto. El desgraciado en el ardor de la pelea no sintió el dolor de la herida, pero era mortal: perdió por instantes el vigor: reclinó con languidez su cabeza sobre el pecho de su amada; y no siendo suficientes las débiles fuerzas de Clara para sostenerle, cayó en tierra con estruendo lanzando un triste y doloroso gemido. En vano la desventurada Clara apretaba la herida con sus manos: en vano recogía la sangre con sus mismos vestidos: en vano intentaba

con su aliento de fuego infundirle de nuevo el espíritu que ya le iba faltando: Roberto alzó sus ojos por última vez con la mayor terroua: quiso hablar, y la voz se apagó en sus labios.—Y es fuerza morir!... es bramaba Clara en el extremo del dolor.—Morir! y morir amando!... la maldición del Cielo cayó sobre nosotros!... Roberto! Roberto!... No me dejes!...—Y aplica su mano al corazón del moribundo.—¡Ah! ¡ya no late! ¡un cadáver!... ¡Maldición!!!—Lanza sin cesar agudos y penetrantes gritos: esparce sus dorados cabellos por el suelo, y golpeando su pecho con sus blancos puños, cae su vida sobre el cadáver de Roberto.

El marqués vuelve acompañado de sus criados, y mira con risa cruel este triste espectáculo; pero aun tiene sed de sangre. Manda conducir a su hija al castillo, y él se queda custodiando el cadáver. ¿Cuál será su proyecto? A pocos momentos se le vió entrar en el castillo con el semblante demudado: trémulo: con un bulto cubierto; y en sus manos distinguían varias manchas de sangre: sus ojos turbulentos denotaban algún proyecto horroroso. Bramaba de cólera al contemplar que su hija se oponia á sus designios; y no reflexionaba que un padre tiene dominio sobre sus hijos, pero este dominio no le da facultad para disponer de sus corazones. Quería que su hija se sacrificase á su capricho, consagrándose á Dios en un convento; pero no sabia que Dios quiere almas enteramente libres; y que aquellos

sagrados asilos de virtud se profanan con sacrificios forzosos.

Busca despechado á su hija: la encuentra deshecha en llanto: la ve á sus pies: y no se conmueve.—La ira de un padre ultrajado es terrible! la dice con aire infernal. Acuérdate de mí! y... ¡tiembla!—Diciendo esto arroja en el suelo la cabeza de Roberto, ensangrentada y aun humeante.—¡Padre cruel! exclamó Clara con el mas descompasado terror. Temed la justa indignacion de ese Dios que confunde á los malvados! La ira de ese Sér incomprendible á quien adoro! de ese Dios que me maldice! pero que socorre la inocencia y la desgracia!... Bebed mi sangre si quereis! pero sereis el blanco de un tenaz remordimiento, y os acordareis con terror de vuestra hija y de vuestro crimen!...—Fuera de sí con la fuerza de su delirio, arranca con una velocidad increíble un puñal que el marqués llevaba en la cintura como por adorno, y rasga su blanco pecho con la acerada punta. Bien pronto quedó bañada en su sangre; y el desapiadado padre no tuvo la compasion de sostenerla en sus brazos. La vió caer en el suelo, con una serenidad espantosa. La vió toda manchada con su sangre, y dar vuelcos con ansias de la muerte: vió su corazón abierto: la vió desangrarse, eclipsarse sus ojos: la oyó gemir tres veces y la vió espirar, sin que tan horrible cuadro le hiciese derramar una lágrima!... y con todo, no hubo un cielo que lanzase un rayo sobre su cabeza!!

¿Qué extraño será que muchos hi-

jos se precipiten en lamentables des-
 aciertos, si el Cielo le deparó pa-
 dres de esta naturaleza? (1) Se en-
 gañan los que creen tener un domi-
 nio absoluto sobre la voluntad de

(1) Por fortuna del género humano son muy
 contados los padres tan inexorables y crueles como
 lo era el padre de la heroína de esta historia; por-
 que no hay ningún amor mas puro ni desinteresado,
 no hay un sentimiento mas entrañable y
 delicioso que el amor paternal. El hijo ama á su

sus hijos. El corazon del hombre
 nació libre; y libre debe ser: jamás
 puede ser violentado.

E. C. de F.

padre porque le es deudor de la vida; pero el pa-
 dre ama á su hijo porque es su propia hechura,
 porque se ve *transmitido* en él; en una palabra,
 porque el hijo es parte de su mismo ser. Esta es
 la razon por qué hay en el mundo mas hijos in-
 gratos que padres desnaturalizados.—T.

LA SEPARACION.

El proceloso elemento
 Surcas hora, caro amigo,
 Mientras yo con sentimiento
 Exhalo triste lamento
 Y con mi vista te sigo.

Ayer felice gozabas
 De tu amada la presencia,
 Su belleza contemplabas....
 Hoy te arrebató la ausencia
 Las caricias que alcanzabas.—

Tú me enseñas la falsía
 De los placeres del mundo,
 Lo que ayer era alegría
 Hoy es cruel melancolía
 Y sentimiento profundo.—

Tan grande como tu amor
 Deberá ser tu tristeza;
 Pues que la aumenta el temor
 De que su extrema belleza
 Recompense á otro amador.

Y tal temor en tu pecho
 Irá esparciendo su hiel,
 Y en llanto triste deshecho
 Preguntarás «¿serás fiel
 A los votos que me has hecho?»

Mas... ay! que tu voz perdida
 Del aire por la estension
 No obtendrá contestacion,
 La cruda pena homicida
 Desgarrando el corazon.

Tu vista fija en la mar
 No alejará el desconsuelo,
 Y cansados de mirar
 Tus ojos al almo cielo
 Los volverás á cerrar.

Y entónces ¡fatal quebranto
 Para tu ardiente pasion!
 Creerás oír el canto
 De la que causa tu llanto
 Con triste separacion.

Solo oirás zumar el viento,
 Al fiero Atlante bramar,
 Al marinero contento,
 Que aumenta tu sentimiento
 Con su festivo cantar.

Mas... ¿qué temes? ¿por qué lloras?
 ¿Por qué te has atrevido
 A creer que la que adoras
 En el sepulcro en olvido
 De amor las felices horas?

No temas, vuelve constante
 La tristeza en que la dejas
 A calmar, que fiel y amante
 Espera ansiosa el instante
 De satisfacer tus quejas.

Encuentre dulce consuelo
 Tu afligido corazon,
 Que el tiempo con ráudo vuelo
 Acabará como anhelo
 Tan fiera separacion.

JOSÉ DE LA PLAZA Y TURBIANO.

Cádiz 10 de Febrero de 1840.

El Dragon.

A la palabra *dragon*, se representa siempre una idea extraordinaria. La memoria recuerda al momento todo cuanto se ha leído, todo cuanto se ha oído decir sobre este monstruo famoso; inflábase la imaginación por el recuerdo de las grandes imágenes que ha presentado al genio poético; una especie de terror sobrecarga los corazones tímidos, y la curiosidad se apodera de todos los sentidos. Antiguos y modernos, todos han hablado del dragon: consagrado por la religión de los primitivos pueblos, hecho el objeto de su mitología, ministro de las voluntades de los dioses, guardian de sus tesoros, sometido á sus amores y á sus odios, sometido al poder de los encantados, vencido por los semidioses del tiempo antiguo, entrando tambien

en las alegorías sagradas del mas santo de los códigos, ha sido cantado por los primeros poetas, y representado con todos los colores que pueden embellecer su imagen: principal ornato de las fábulas piadosas, imaginadas en tiempos mas recientes; domado por los héroes, y aun por las jóvenes heroínas que combatian por una ley divina: adoptado por una nueva mitología que colocó á las hadas sobre el trono de las antiguas hechiceras, hecho el emblema de las acciones brillantes de los valerosos caballeros, ha vivificado la poesía moderna, así como habia animado la antigua.

La severa voz de la historia lo proclama: por dó quiera es descrito, celebrado, temido, indicado bajo todas las formas, revestido siempre del

mayor poder; inmolando sus víctimas con una mirada, trasladándose al seno de las nubes con la celeridad del relámpago, hiriendo como el rayo; disipando las tinieblas de la noche con el resplandor de sus centelleantes ojos, uniendo la agilidad del águila á la fuerza del leon y á la magnitud de la serpiente, y aun presentando algunas veces una figura humana, dotado de una inteligencia casi divina, y en nuestros dias adorado en varios grandes imperios del Oriente... el dragon lo ha sido todo, se ha encontrado en todas partes, ménos en la naturaleza.

Empero siempre vivirá este sér fabuloso en las felices producciones de una imaginacion fecunda: embellecerá por mucho tiempo las imágenes atrevidas de una encantadora poesía; la narracion de su maravilloso poder divertirá los ocios de los que han menester ser algunas veces

arrebatados en medio de las quimeras, y que gustan ver á la verdad ataviada con las galas de una agradable ficcion. Pero, en lugar de este sér fantástico, ¿qué hallamos en realidad? Un animal tan pequeño como débil, uno inocente y tranquilo lagartillo, uno de los ménos armados entre todos los ovíparos cuadrúpedos, y que por una configuracion particular, tiene la facilidad de pasar con ligereza de un lado á otro, y de revolotear de rama en rama en los bosques donde habita. La especie de alas de que está provisto, su cuerpo de lagarto, y todas sus relaciones con las serpientes, han dado ocasion para encontrar cierta semejanza lejana entre este animalito y el monstruo imaginario de que hemos hablado, y para que los naturalistas le hayan dado el nombre de dragon.

L.

EL ISRAELITA.

Llorad, hermanos, si es que el llanto puede
Poner un fin á nuestra suerte infausta,
Si es que puede aliviar esta amargura
Que destila su hiel en nuestras almas.
Yo lloraré tambien, por si del pecho
Puedo lanzar la flecha emponzoñada
Del acerbo dolor que me devora,
De la pena cruel que me maltrata.
Mas ay! en vano! ¿cómo hallar consuelo
Cuando despreció nuestra esperanza?
¿Cómo soñar delicias y placeres
Cuando de éstos la copa está agotada?
¿De qué sirve llorar? Un año entero
Vivo fuego, no lágrimas brotaban
Mis párpados marchitos y cansados:
Yo compasion pedía, y.... nada, y.... nada!

Sufrid, nos dice desde su almo trono
De Abraham el Dios, sufrid, su frente airada
Aun no ha dejado la funesta nube
Que el rayo del dolor terrible lauzó.
¿Qué hemos de hacer en tan acingada duda?
¿Que partido tomar? ay! la venganza
Del Cielo nos persigue, y es preciso
Morir sufriendo esclav tud tirana.
Los hijos de Judá fuimos traidores
A Dios, á nuestros votos; esto causa
Nuestra fatal ruina inevitable
Y la condenacion que nos amaga.
Se pasan los años uno á uno,
Y con ellos la vida idolatrada
Que en los brazos del tiempo desaparece,
Y la horrible vejez cruel y avara,

Nos vendrá á preparar allá en la tumba
 El reposo que anhelan nuestras almas,
 Pero hasta tanto, esclavitud, cadenas,
 Maldon eterno á nuestra cara patria.
 Pensamientos de gloria y de alegría
 Que en mi mente rodasteis ofuscada,
 Ya cesó la ilusion, dejadme ahora
 Llorar mi suerte atroz, mi suerte ingrata!
 La santa religion de nuestros padres
 Hoy la vemos por todos despreciada,
 Y el rey de Babilonia, en nuestra frente
 Impiome el sello de traidora infamia.
 Padres, hijos, esposas, todo, todo
 El destino cruel nos lo arrebató;
 Ya no hay dicha ni amor para nosotros,
 El mismo Dios maldice nuestra causa;
 El mismo Dios de Abraham nos abandona
 Y á un abismo de males nos arrastra.

Ya no somos sus hijos, no esperemos
 Sino la maldicion que nos prepara.
 Ah! perdona, mi Dios: nó, compañeros,
 Él es piadoso, nuestra causa santa,
 Aun podemos vivir en su clemencia,
 Aun podemos vivir en la esperanza:
 Oremos pues, nuestros humildes votos
 Se elevarán á la mansion sagrada;
 Orad, hermanos, y mi torpe lira
 Acompañe el cantar de la plegaria,
 Orad y confiad, desde su trono
 Nos dara la ventura deseada,
 Y volverémos libres y dichosos
 A respirar el bien de nuestra patria.

L. DE OLONA.

Málaga 7 de Febrero de 1840.

EL BLASON.

Este arte enseña á conocer los
 escudos de armas, fijando la nomen-
 clatura de las piezas que los com-
 ponen.

Muchos autores que han escrito
 sobre el blason hacen subir su orí-
 gen á la antigüedad mas remota, pe-
 ro equivocadamente, pues confun-
 den nuestros escudos de armas mo-
 dernos con las figuras simbólicas que
 se colocaban en la antigüedad ya en
 las insignias militares de las na-
 ciones, ya en las armaduras de los
 guerreros. Conviénese generalmente
 hoy en que el blason, considerado
 como distintivo de nobleza y de dig-
 nidad hereditarias, data lo mas del
 siglo undécimo de la era cristiana.

Atribuyen algunos críticos el uso
 de los escudos de armas á los tor-
 neos, y otros dicen que tuvieron
 principio en las famosas expedicio-

nes militares, conocidas con el nom-
 bre de cruzadas. Las dos opiniones
 tienen buenos fundamentos; pero
 parece lo mas probable que se in-
 trodujesen los blasones en los tor-
 neos, que precedieron de algunos a-
 ños á la primera cruzada, y se cree
 con mucha probabilidad tambien que
 aquellas guerras generalizaron y re-
 gularizaron el uso. Los hijos ó pa-
 rientes de los que en tales espedi-
 ciones adoptaron un distintivo, cre-
 yeron un deber religioso y una exi-
 gencia de su honor, conservar y tras-
 mitir á sus sucesores los escudos de
 armas de sus padres, como un mo-
 numento que justificaba su valor y
 su piedad.

Por las cruzadas entraron en el
 blason muchas de sus piezas prin-
 cipales; entre otras las cruces de tan-
 tas diferentes formas, y los pajaros

acuáticos que se representan sin pies y sin pico, tal vez en memoria de heridas que habían recibido en la guerra santa los caballeros que llevaban en sus escudos semejantes emblemas. A las cruzadas debe el blason igualmente los nombres de sus colores: azur, gules (*rojo*), sinople (*verde*) y sable (*negro*). Se asegura que los primeros nombres son árabes ó persas: que el tercero era el de una ciudad de Capadocia, y el cuarto una derivacion de *sabellina* (*pellis*), marta cibelina, animal comun en algunas regiones que atravesaron los cruzados. Las pieles de armiño que se usaban en los trajes pasaron á los escudos, y de éstos al blason. Esta palabra se deriva del alemán *blasen*, *tocar la trompa*.

Los distintivos de los caballeros que concurrían á justas, ó que llevaban en las guerras una particular divisa, estaban representados en oro ó en plata, con varios colores. Empleábase el esmalte para que resistiesen á las injurias del tiempo.

Se cuentan en la *Heráldica* nueve clases de esmaltes; dos metales, cinco colores, y dos pieles.

Los metales son el oro y la plata: los colores el azul, el rojo, el verde, el negro y el violado: las pieles el armiño y los veros.

Hace ya mas de dos siglos que los esmaltes se representan respectivamente como sigue; el oro por puntos: la plata por campo blanco: el azul por líneas horizontales: el rojo por líneas perpendiculares: el negro por horizontales cruzadas con perpendiculares: el verde por dia-

gonales hácia la derecha: el violado por diagonales hácia la izquierda: el armiño por campo blanco moteado de negro: el veros por el azul moteado de piezas de plata en figura de campanillas al revés.

Añádense aun dos esmaltes: el color de carne, cuando hay que representar con el natural alguna parte del cuerpo humano; y los colores naturales para animales y plantas, cuando deben ser representados con los que naturalmente tienen.

Las llamadas *piezas de honor* en los escudos de armas son siete; el gefe, la faja, la barra, la cruz, la banda, el cabrio y el aspa. El gefe se coloca en la parte superior, y representa el yelmo del guerrero: la faja se pone horizontalmente, y representa la banda de los antiguos caballeros: la barra ó pal ocupa el centro, y es distintivo de jurisdiccion: la cruz estiende sus brazos hasta el borde del escudo: la banda se figura diagonalmente desde la derecha de la parte superior del escudo hácia la izquierda inferior, y demuestra el tahalí ó talabarte de que pendía la espada: el cabrio se forma de dos piezas que se juntan en ángulo en medio de la parte alta del escudo, y que segun algunos representan la espuela del caballero, y segun otros la barrera de la liza de los torneos: el aspa, en forma de la cruz llamada de S. Andres, se dice que representa el estribo antiguamente usado, que consistia en cordones anudados y pendientes de la silla de cabalgar.

Etimología De la voz Pasquin.

Habia antiguamente en Roma un zapatero llamado Pasquin, célebre por sus dichos picantes y gramínicos, y su tienda era el puesto de reunión de muchos desocupados, que como Pasquin se entretenían diciéndole algunas graciosidades á los que pasaban ó aplicándolas á las circunstancias del tiempo. Después de la muerte de este zapatero, recomponiendo su calle, hallaron el tronco de una estatua antigua, que colocaron en la misma plaza en que habia sido hallada delante de la tienda de Pasquin. Después principiaron á fijarse en esta estatua las sátiras que se componían, suponiendo las unas de las veces que hablaba en ellas el mismo Pasquin, de donde tomaron aquellas el nombre de pasquin ó pasquinadas.

Esta estatua ó tronco de mármol blanco se halla en Roma á un ángulo del palacio Orsini. Por lo común suelen fijarse las sátiras en la estatua de Pasquin, y las contestaciones en otra estatua que hay inmediata al capitolio llamada *Marforio*, entre las cuales establecen una cierta correspondencia ó conversacion; por ejemplo, cuando Sisto V fué promovido al solio pontificio, su hermana la señora Camila, que habia sido lavandera, ascendió á princesa, y hé aquí que anaueció la estatua de Pasquin con una camisa sucia. *Marforio* le preguntó al día siguiente la causa de ir tan desaseado; y Pasquin le respondió, *porque mi lavandera se ha vuelto princesa.*

ROBLES.

A. C.

Soneto.

Ni el pincel de Murillo delicado
Que en mil lienzos y mil hoy se venera;
Ni el genio sin igual del grande Herrera
Por extraños y propios alabado,
Pudieran, al que admira entusiasmado
Vuestra tez nacarada y hechicera,
Una dicha causar tan lisonjera
Como veros y amaros estasiado.

Que no hay tanta belleza en lo que existe,
Ni portento de gracia y de hermosura
Como el que admiro en vos, bella inhumana.
Pues nada á vuestro encanto se resiste,
Si brindais al que os mira la ventura
Siendo del corazon la soberana.

MANUEL CAÑETE.

Sentencias Morales.

Oráculos mudos que contribuyen al pulimento de las facciones son los espejos: espejos elocuentes que corrigen las costumbres son los desengaños.

Al cáustico se le sufre el mal que hace y lo que ofende por lo que sana: así pues no es cruel el que nos muestra los defectos de que adolecemos, aunque lastime nuestro amor propio, si por este medio nos proporciona que nos hagamos dignos del aprecio de los hombres de bien.

Aunque las verdades amargan al paladar, son un bálsamo que sanan las heridas del corazón al que las recibe.

La demasiada indulgencia que usa el hombre para con las inclinaciones viciosas, hace que bastardée el espíritu, y corrompe el juicio.

La disolución y el vino ofuscan el entendimiento, y privan al más cuerdo del uso de su razón.

La propensión á la intemperancia y á la cólera enerva nuestra razón, y debilitando el juicio le dispone á

recibir toda suerte de falsas impresiones, con especialidad las que lisonjean la parte animal: y del alma se alejan poco á poco el candor y rectitud, que son las disposiciones más propias y aun necesarias para la investigación de la verdad.

Solo el hombre de bien está en el camino de la sabiduría, en él se hallan la prudencia, ciencia y gozo.

El que no se previene contra el orgullo de su razón, y contra la vana confianza en sus facultades intelectuales, se espone á despreciar los socorros que Dios le envíe.

El que se lisonjea de hacer por solas sus fuerzas grandes progresos en sus conocimientos, se hallará cortado.

La vanidad es incompatible con un natural bueno; pero la envidia siempre supone un corazón perverso.

Tan difícil es convencer á fuerza de razones á un espíritu fuerte, como apagar el eco aumentando el punto de la voz.

B. DE Z.

INDICE.—La pasión amorosa, y el matrimonio; trozos de una novela original inédita.—Un recuerdo junto al Bétis; *poesía.*—La sorpresa; *novela.*—La separación; *poesía.*—El Dragón.—El Israelita; *poesía.*—El Blason.—Etimología de la voz pasquin.—A C.; *soneto.*—Sentencias morales.

CADIZ: IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. D. FEROS,

calle de S. Francisco, núm.º 58.